



PROGRAMA LIBROS Y CASAS

90 minutos

Relatos de fútbol



“He leído De fútbol somos y quiero decir, sin exageración ninguna, que hace mucho tiempo la lectura de un libro no me atrapaba tanto como la de este. [...] Es que, quizá, el fútbol en este libro no es más que un gran pretexto –absolutamente válido y digno– para meditar con hondura (y sobre todo ¡con gracia!) sobre lo esencial de nuestra vida”.

Héctor Tizón, escritor

Rodolfo Braceli

Luján de Cuyo, Mendoza, 1940

Poeta, narrador, dramaturgo, ensayista y periodista, autor de más de treinta libros. Fue traducido al inglés, francés, italiano, coreano, polaco y quichua. Desde 1970 vive y trabaja en Buenos Aires. Escribió *Borges, saque su cuchillo porque he venido a matarlo* (1979-1998), *De fútbol somos* (2001) y *Células de identidad* (2014), entre otros. Es autor de las biografías de Julio Bocca (1995) y Mercedes Sosa (2003). Para el cine escribió y dirigió *Nicolino Intocable Locche*. Desde 2001 dicta su seminario “Periodismo y literatura. Secretos de profesión” en universidades y escuelas de comunicación social. En 1996 obtuvo el premio Pléyade por su entrevista a Gabriel García Márquez.

La partera de Maradona

LA MADRE QUE PARIÓ A MARADONA PUDO concebir a semejante ser porque antes afrontó y cumplió al pie, al pie de la letra, los consejos que la Pierina le anotó, de puño y letra, en un cuadernito. La Pierina era partera a la hora que fuese. Una digresión: también se llamaba Pierina la partera que ayudó a mi madre para que mis cinco kilos y pico salieran a respirar al mundo. No se trata de la misma Pierina, no, pero una me llevó a la otra y la otra a esta historia.

En ese vértice del almanaque que abrocha un año con otro, cuando brindamos y nos abrazamos y nos besamos y nos ponemos momentáneamente buenos, Dalma Salvadora Franco, la Tota, le dijo a su esposo Diego Maradona, Chitoro, al oído le dijo:

- El próximo será varón. Te lo juro.
- Eso me dijiste la primera vez...
- ... y vino nena.
- Y la segunda vez...
- ... y vino nena.

—Y la tercera vez...

—... y vino nena. Y la cuarta vez, sí, también te lo dije.

—Y nena vino.

—Pero el quinto, Chitoro, será varón.

—Será varón, Tota... si no viene nena.

—Te digo que será varón.

—Si nos sale nena yo la voy a querer igual. Vos sabés.

—Será varón. Y jugará a la pelota como diosmanda.

—Dios, Tota, no entiende un comino de fútbol.

—Bueno, si no entiende que mire para abajo y aprenda de una vez.

Llovía sin consideración afuera de la casilla en la Villa Fiorito de Lanús, provincia de Buenos Aires. Pero la Pierina prometió que iba a estar a las seis de la tarde y allí estaba ese 5 de enero, empapada, con el paraguas desfondado. Era una partera de palabra. La Tota le arrimó una toalla y un batón y se fueron a la única habitación para poder hablar tranquilas. Era una conversación de grandes y las nenas que sigan jugando.

—Quiero que sea varón, Pierina. Varón y futbolista y bueno.

—¿Bueno como persona o bueno como jugador?

—Las dos cosas: varón bueno y jugador buenísimo.

—Sabía que me ibas a pedir algo así. Pero hagamos de cuenta que no me dijiste nada. Y empezemos de cero. Respondeme, Tota, a cada cosa que te voy preguntando.

—Sí, Pierina, pregúnteme.

—Ustedes nunca fueron otra cosa que pobres... tenés cuatro críos, cuatro, ¿querés tener otro?

—Sí, quiero.

—¿Y tu marido se anima?

—Sí, quiere.

—¿Lo querés hombrecito u hombrecita?

—Hombrecito.

—Entonces, Tota, deberás mirar el sol cada vez que tomés agua.

—Miraré el sol cuando tome agua. Pero ¿y de noche?

—Mirarás la nuca del sol, que vendría a ser la luna.

—Tomaré agua mirando la luna entonces.

—No es todo. Vos y tu Chitoro, cada día deberán comer cosas que vengan de los árboles, de la madera.

—¿Para qué eso?

—Para que el venidero les nazca con palito.

La Pierina era una mujer con algunas lecturas, por ejemplo, eso de “para que el venidero les nazca con

palito” se lo afaná a un poeta que iba a escribirlo tres años después en un libro que se llamaría El último padre. Pasan estas cosas. Y hay que decir, además, que la Pierina era una partera apta para todo servicio: más de una vez, con dolor en el corazón y en el alma, ayudó a abortar criaturas que iban a ser devoradas por la condena definitiva de la pobreza. No hay derecho a arrojar a nadie al hambre, decía ella.

Parir un hijo Jesús no fue fácil. Solo una mujer pudo. Parir un hijo Che Guevara tampoco fue fácil. Solo una mujer pudo. Parir un Diego Armando Maradona Franco, más que superdotado futbolista y hacia 1986 el humano más famoso entre todos los seres vivos del planeta, tampoco iba a ser fácil, para nada.

La Pierina pidió un té de carqueja ¡sin azúcar! y lo tomó despacio, algo pensativa.

—Decime Tota, ¿estás bien segura de que querés que el pendejo te salga futbolista y buenísimo?

—Y sí. Que sea buenísimo, el mejor de la villa.

—Mirá, si nos metemos en este baile tenemos que apostar muy fuerte. Ya que estamos, que además sea el mejor de la villa, el mejor de la provincia, el mejor del país, el mejor del mundo, el mejor del siglo y de todos los tiempos.

—Y bueno, Pierina... ya que estamos...

—Te aviso que no va a ser sencillo.

Conseguir un pibe así te va a costar una güeva y la otra güeva también. Yo me vine bien preparada, Tota. Te anoté, mes por mes, lo que tenés que hacer sin saltearte nada. En cuanto te olvidés o no podás hacer algo, despedite del pibe 10. Te vendrá un pibe 7 o 5 que jugará lindo, pero como tantos.

Güeva

Testículo.

—No, no, no, yo quiero que sea el pibe 10, el mejor de todos.

—Eso es, Tota, el mejor de todos así en la tierra como en el cielo como en el infierno.

—Pierina, ¿no podemos evitar eso del infierno?

—No podemos: tierra y cielo incluyen infierno. Por el mismo precio, eh.

—Bueno, Pierina, digamé.

La Pierina dijo ahora sí dame un par de mates. Cuando recibió el primero, apretó el ceño y lo tomó cabeceando, mirando al piso. Mirando al piso como quien trata de adivinar las entretelas del futuro, con gravedad. Su rostro fue como un cielo luminoso que sin aviso

Ceño

Espacio entre las cejas.

Entretelas

Expresión que se refiere a algo oculto y escondido.

se oscurece. Después de los mates corrió su silla y se ubicó frente a la Tota. Estaban rodillas contra rodillas. La Pierina abrió el cuadernito y empezó a leer con voz algo solemne:

—Para tener un hijo que como futbolista sea el más genial de los geniales, el más único de los únicos, tendrás que cumplir, mes a mes lo que aquí está escrito.

—Lo haré, seguro que lo cumpliré.

—En el primer mes, cada día, un ajo en ayunas.

—¡Un ajo!

—Un ajo. Caiga quien caiga.

—Y bueno, caiga quien caiga. Pero ¿para qué el ajo, Pierina?

—Para que venga sin pelos en la lengua. Un único entre los únicos tiene que decir siempre lo que le da la gana, así le moleste al faraón o al sumo padre... Sigamos, que se nos viene la noche. En el segundo mes tendrás que dormir en el lado izquierdo de la cama y después siempre así.

—¿Pará qué eso?

—Para que venga zurdo, bien zurdo. En el tercer mes tendrás que hacer tres días de ayuno: solo líquidos.

—Pero voy a tener mucha hambre, Pierina.

—Y él también. Así vendrá: con hambre. Con hambre de gol, con hambre de todo... En el cuarto mes

Sumo padre

*El papa, padre espi-
ritual de la religión
católica.*

tendrás que prepararte cada tres días un caldo que tenga acelga, apio, hinojo, rabanitos, calabaza, camote, ají verde, cinco cebollas, cinco, eh, y pastito de ese que sale a la orilla del pozo de agua. Una olla entera.

—¿Y eso para qué?

—No sé. Pero vos hacelo Tota. El día trece del quinto mes, el 13, deberás buscar una piedra bien redonda, del tamaño de un puño y a la piedra enterrarla en el medio de la canchita más cercana. Eso lo harás sola, sin ninguna mirada, a las tres de la mañana.

—¿Mi marido me podrá acompañar?

—Sola dije. Y sin que nadie se entere. Ni él.

Las recomendaciones para el sexto, séptimo y octavo mes no fue posible conocerlas porque la Pierina, vaya uno a saber por qué, se las dijo al oído a la Tota. Secretos de hembras. Secretos sellados, porque la hoja donde estaban escritas las recomendaciones de esos tres meses fue arrancada en el acto y prendida fuego.

—Pierina, ¿puedo preguntarle algo?

—Te la pasás preguntado.

—Recién me habló al oído, ¿por qué?

—Porque no quiero que escuche.

—¿Quién? Si estamos solas y encerradas.

—No tan solas Tota, siento que alguien nos está escuchando.

—Alguien...

—Sí, yo siento que aquí adentro, aparte de nosotras hay... no sé, alguien que nos está espiando... algo así como un escritor...

(Al escuchar yo, escritor, sentí vergüenza, me ruboricé...).

Tincar
Golpear con la uña del dedo medio haciéndolo resbalar con violencia sobre la yema del pulgar.

—Cebame otro mate —dijo la Pierina enseguida—, pero antes cambiale la yerba.

No me tinca el mate con gusto a enema.

Y el mate renovado vino. Y después las dos mujeres otra vez rodillas contra rodillas.

—Pierina, ¿podré cumplir con todo lo que me está pidiendo?

—Eso me pregunto yo: ¿podrás, Tota?

—Quiero poder.

—Vas a poder.

—¿Y en el noveno mes qué tengo que hacer?

—Desde el primer día caminarás descalza por las mañanas. Descalza, sintiendo que la tierra es la espalda del mundo entero. Esto para que tu hijo venga mundial, ecuménico y planetario, barrilete cósmico...

—¿Barrilete cósmico?

—Se me hace que así lo llamará un día cierto relator que hoy todavía ni imagina que será relator, recién anda por sus trece o catorce años de edad... Sí, Tota, descalza, cada día por la espalda del mundo andarás...

—Eso no me costará nada, me gusta andar descalza.

—Lo que te costará un poquito en la primera semana del mes noveno será enhebrar una aguja...

—Eso lo hago sin dificultad todos los días.

—... enhebrar una aguja con los ojos cerrados. La misma aguja que usás para pegar los botones de la camisa. No vale aguja de colchonero, eh.

Y la Tota quedó preñada a las casi tres semanas de ese encuentro con la Pierina. Pronto se puso gruesa sin disimulo y con entusiasmo. Y mes a mes fue cumpliendo, una por una, las recomendaciones. Mes a mes... Hasta que llegó el crucial día de enhebrar la aguja con los ojos cerrados. Lo empezó a intentar desde temprano: se encerró en su dormitorio, tomó aguja, tomó hilo y... creer o reventar: en el primer intento no pudo. Ni en el tercero ni en el décimo. Ahí se dio cuenta de que estaba temblando. Ciega y encima temblando, así ni en un año podré enhebrarla, gimió. Intentó tres, siete veces, no pudo. Desesperada, le dio una patada a un ovillo de lana y el ovillo de lana se metió justo por el ángulo de la banderola entreabierta. Alguien en la vereda vio salir el ovillo en parábola y bramó ¡¡¡gol carajo!!!

La Tota escuchó la palabra gol y salió como resucitada de su creciente congoja, ahí decidió decir gol en los próximos intentos. Pero no necesitó muchos

intentos, ya en el primero el hilo había penetrado por el enormemente pequeño ojo de la aguja.

Emocionada, lloró en silencio.

Y de pronto entró el marido y la encontró así. No se animó a interrumpirle el llanto, solo se hincó y le besó el vientre y él también empezó a llorar bajito.

Dos días después, la Tota, sumamente embarazada, le estaba dando una mano a su marido. Él, empinándose desde una silla, intentaba cambiar una bombita de luz. Chitoro, qué te costaba hacerlo con la escaler... No terminó de decirlo que a él se le cae la lamparita. Sin pensarlo, ella interrumpe la caída con la rodilla; la bombita vuelve a subir y vuelve a caer, pero no se estrella contra el suelo porque ahí, ella, por así decir, la acampuja con el empeine y la lamparita va a dar otra vez a la mano asombrada de él.

—¿Alumbrará esta lamparita? —dice él.

—Seguro que alumbrará —dice ella.

La Tota, después de cumplir al pie, al pie izquierdo de la letra, los mandatos de la Pierina no imaginaba que su hazaña de la lamparita sellaría, como si fuera un antojo al revés, el destino mundial y único del ser que a las siete de la mañana del día siguiente iba a nacer, en domingo, naturalmente. A nacer por los siglos de los siglos.

El 30 de octubre del año 1960 después de Cristo, la Tota rompió bolsa a eso de las cinco de la madrugada. Camino del Policlínico, que naturalmente se llamaba Evita, le preguntó a la Pierina, que la acompañaba:

—Estoy segurísima de que Dieguito va a ser un pibe
10. Pero digamé, Pierina, ¿mi hijo va a ser feliz?

—Tu hijo estará condenado a dar felicidad a millones.

—Pero él, ¿va a ser feliz?

—Mirá, el Policlínico. Por fin llegamos.

—Pero él, él ¿va a ser feliz?

—Dame la mano y bajá con cuidado.

—Pero él, él ¿va a...

—Dale Tota, afirmate en mí. Vamos. Rápido con cuidado.



Este cuento se publicó en *Perfume de gol*.

Si te gustó...

Querido enemigo, de Rodolfo Braceli; *De fútbol somos*, de Rodolfo Braceli; *Borges–Bioy. Confesiones, confesiones*, de Rodolfo Braceli; *El último padre*, de Rodolfo Braceli; *Mercedes Sosa, La Negra*, de Rodolfo Braceli; *El día del gol*, largometraje sobre cuentos referidos a Diego Maradona del libro *De fútbol somos*, de Rodolfo Braceli; *El día que Maradona conoció a Gardel*, dirigida por Rodolfo Pagliere.



Coordinación editorial
Daniela Allerbon

Edición
Vicente Russo

Revisión de contenidos
Débora Ruiz, Bárbara Talazac

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Javier Bernardo

Digitalización
Centro de Microfilmación y Digitalización de la Biblioteca Nacional
(Juan Abate, María Argüello, Agustina Beyda, Ignacio Gaztañaga y Karina Petroni)

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro, Florencia Argento

Agradecimientos
Víctor Hugo Morales, Adrián Nirón, Joaquín Amoia, Ciro Cavalotti

Asesoramiento en selección de imagen de tapa
Dirección de Artes Visuales del Ministerio de Cultura de la Nación

Imagen de tapa
Oscar Suárez
